

Los muchachos judíos peronistas. Los argentinos judíos y el apoyo al Justicialismo de Raanan Rein

Víctor García Salas
ICTE-México
victorgarciasalas@msn.com

“Perón regresó pareciendo una pintura moderna:
cada cual ve en él lo que quiere ver”.
Shaul Ben Haim, artículo en el diario *Maariv*

El 12 de octubre de 1973, a sus 78 años de edad, después de prácticamente 18 de exilio, 13 en la España del generalísimo Francisco Franco, Juan Domingo Perón asumirá por tercera y última vez la presidencia argentina. En un artículo publicado en el diario israelí *Maariv*, el periodista Ben Haim, de acuerdo con Rein, presentaba el triunfo de Perón en las elecciones de ese mismo año “no como el resultado de un proceso democrático propiamente dicho, sino como el triunfo evidente de las emociones sobre la razón y el sentido común” (p. 355), rematando su artículo con las palabras que hemos utilizado como epígrafe. Pero acaso, estas palabras no valgan sólo para el regreso de Perón a la presidencia, sino también para sus dos primeros periodos presidenciales, que van de febrero de 1946 a septiembre de 1955; o, aún más, para el peronismo todo, pues, ¿qué no se ha dicho de Perón y el peronismo? Entre otras muchas cosas, sí, que eran nazistas, fascistas y antisemitas, y que, por ende, la comunidad argentino-judía fue hostil a dicho régimen.

Ahora bien, estrictamente hablando, estos son los principales “mitos” que Raanan Rein pretende desafiar con *Los muchachos judíos peronistas*. Ponemos lo de “mito” entre comillas porque ya el lector decidirá si efectivamente son tales y si nuestro autor logra derribarlos.

Tratando de sintetizar, de acuerdo con Rein, estos mitos están fundados: 1) en el apoyo recibido, durante su campaña electoral, 1945-1946, por parte de la Alianza Libertadora Nacionalista, conocida por su

declarado antisemitismo en aquel momento; 2) en la propaganda electoral de la Unión Democrática, durante la misma contienda, según la cual Perón era nazifascista, *ergo*, antisemita; 3) en la reducción del peronismo al de los años setenta, por lo que “las expresiones antisemitas de alguna gente de la derecha peronista [particularmente López Rega, en la extrema derecha] y de varias figuras de la CGT han contribuido a crear una imagen exagerada y distorsionada de un peronismo antijudío, que aún persiste y que no diferencia entre las primeras dos presidencias de Perón y la tercera” (pp. 375-376); 4) pero, sobre todo, esta imagen de Perón y el peronismo, dice Rein, “tiene sus raíces en el desafío argentino a la hegemonía norteamericana en el continente americano y en el mantenimiento de la neutralidad, aun después de la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Esta imagen se reforzó en los años posteriores al descubrirse la presencia en Argentina de varios criminales de guerra nazis [...]” (p. 66). Lo que ciertamente es muy entendible si se toma en cuenta que entre estos estaban ni más ni menos que Albert Ganzenmüller, Adolf Eichmann y Josef Mengele, sin tomar en cuenta la infundada leyenda de que el mismísimo Hitler habría emigrado a tierras argentinas.

No conviene aquí desmenuzar cada uno de los argumentos de Rein, pero vale la pena traer a cuenta algunos de ellos. En cuanto a la neutralidad, de acuerdo con nuestro autor, ésta no es exclusiva del régimen peronista: se dio durante la Primera Guerra Mundial, la Guerra Civil Española y durante la Segunda Guerra Mundial, de 1939 a 1945, fue mantenida por cuatro presidentes diferentes, dos civiles y dos militares, con un amplio apoyo de los argentinos. En lo que atañe a las razones de dicha neutralidad, hablando de la Segunda Guerra Mundial, éstas parecen ser, básicamente, consecuencia del tradicional vínculo económico y cultural con Europa, el interés nacional y el reconocimiento de la distancia geográfica que separaba a la Argentina de los campos de batalla. Destaca también la importancia capital que tenía la neutralidad para la Gran Bretaña, su principal socio económico en aquellos años, “ya que una declaración de guerra a Alemania habría puesto en serio peligro el envío de trigo y carne por mar, que fue un aporte vital para la supervivencia de la población británica” (p. 10).

En cuanto al “mito” de que el régimen peronista fue el principal refugio de los criminales de guerra nazis tras la derrota del Tercer Reich, de acuerdo con Raanan Rein, debemos tener presentes, al menos, cuatro

puntos: 1) Argentina quería fomentar (como muchos otros países, a la cabeza Estados Unidos y la Unión Soviética) “la inmigración de científicos, ingenieros, técnicos y expertos militares capacitados en Alemania y que trabajaron allí hasta 1945, para que pudieran aportar su conocimiento a los programas de desarrollo, la industrialización y la modernización del país. [...] Entre estos había, como era lógico suponer, exnazis y gente que apoyó al régimen hitleriano” (pp. 97-98). 2) “[...] en numerosos casos no se trató de una política clara y coherente, dictada por el gobierno nacional, sino de visados expedidos por cónsules y funcionarios de migración siguiendo criterios variopintos, con decisiones adoptadas en un nivel inferior o, sencillamente, obtenidas mediante soborno” (p. 99). 3) “[...] muchos de los alemanes llegados a las costas argentinas lo hicieron con identidades y documentos falsos, que les fueron suministrados por personal jerárquico de la Iglesia Católica en Europa [...], o emitidos sin control por el Comité Internacional de la Cruz Roja” (p. 99). 4) Ya desde el siglo XIX, “las élites argentinas habían expresado su preferencia por los inmigrantes del norte del Viejo Continente, con la esperanza de que ellos “mejoraran” [blanquearan] la población del país” (p. 101).

Dejando a un lado el peso de tales consideraciones y las estadísticas sobre el número de criminales de guerra refugiados en Argentina, acaso caben algunas preguntas: ¿por qué el gobierno de Perón resultaba tan atractivo para los alemanes que buscaban refugio, entre ellos muchos criminales de guerra nazis? ¿Por qué, como señala el propio Rein, no se hizo ningún esfuerzo por parte del gobierno para ubicarlos y someterlos a juicio? ¿Por qué, dado el caso, se opusieron incluso obstáculos que dificultaron o imposibilitaron su extradición?

Por otra parte, importa subrayar que, de acuerdo con Rein, ni la neutralidad argentina, ni las estrechas relaciones de Perón con la Iglesia, principalmente del '46 al '49, ni la etiqueta de nazi-fascista con la que se catalogó a Perón y a su régimen influyeron en la relación del General con la comunidad judía. Entre los hechos más notables que sustentan esta tesis, y que de paso refutan el “mito” de la que comunidad argentino-judía fue hostil a dicho régimen, se encuentran el apoyo que recibió Perón y el peronismo por parte de notables miembros de lo que fuera la columna vertebral del régimen, a saber, los sindicatos, entre ellos Ángel Perelma, Ángel Yampolsky, Rafael Kogan, David Diskin. A este hecho se suma el apoyo de importantes miembros de la burguesía nacional, tales

como José Ber Gelbard (ministro de Economía y Hacienda de la Nación a partir del '73, durante el gobierno de Héctor Cámpora, ratificado posteriormente por Perón) y el magnate de los medios de comunicación Jaime Yankelevich, así como el apoyo de relevantes intelectuales como Israel Zeitlin, mejor conocido como César Tiempo. No obstante, el hecho más contundente al respecto es la cercanía que hubo entre las autoridades nacionales y las autoridades de las instituciones que organizaban y representaban a dicha comunidad. Más aún, en 1947, se creará la Organización Israelita Argentina (OIA) que –a diferencia de la DAIA (Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas), que trató de mantener su carácter apartidista, aun si su presidente, Ricardo Dubrovsky, llegó a afiliarse al Partido de Perón–, fue sin más una organización explícitamente peronista. Baste para sostener este hecho el fragmento que nos reporta nuestro autor de la declaración de principios de la Organización que exponen los hermanos Cortés: “Para nosotros, argentinos de origen judío, existe una sola patria, la Argentina, y una sola lealtad, a nuestro conductor Juan Domingo Perón” (p. 114). Por lo demás, esta Organización, de acuerdo con Rein, le ofreció a Perón “un espacio público para poder formular declaraciones de simpatía hacia los judíos y el Estado de Israel” (p. 117). Lo que no le pudo ofrecer fue un sector sustancial del judaísmo argentino: “En las elecciones legislativas de marzo de 1948 y en las elecciones para el Congreso Constituyente, en diciembre de ese mismo año, la OIA fracasó en sus intentos por captar un apoyo electoral judío importante para el bando peronista” (p. 123). Es éste un hecho no poco interesante, pues nos hace ver que si bien la parte oficial, representativa, del judaísmo estaba con Perón, no así, al parecer, el grueso de la comunidad.

Y, a propósito del Estado de Israel, no está de más señalar que, siempre de acuerdo con Raanan Rein –a pesar de la abstención de Argentina en la votación de la Asamblea General de la ONU, el 29 de noviembre de 1947, que determinaría la partición de Palestina, es decir, la votación que abriría el camino a la creación del nuevo Estado de Israel, abstención que fue interpretada de muchas y diferentes maneras, entre las que no faltó, por parte de la oposición, la acusación de ser un régimen antijudío y racista, y que obedecía a muchas y diferentes razones, entre las que tenía que ver también, por supuesto, Estados Unidos–, la relación entre ambos estados fue más que estrecha. En febrero de 1949,

Los muchachos judíos peronistas. Los argentinos judíos y el apoyo al Justicialismo de Raanan Rein

Argentina reconocerá, de manera oficial, al nuevo Estado y, a partir del '50, se convertirá en su principal socio comercial en América Latina, con acuerdos que favorecían, de manera absoluta, a Israel, en un momento en el que, por lo demás, Argentina se encontraba en serias dificultades económicas, es decir, en un momento en el que la “independencia económica” de Perón parecía no sustentarse más.

Otro de los argumentos centrales de Raanan Rein para tratar de derrumbar los susodichos “mitos”, de manera particular el del Perón antisemita, es que, según nuestro autor, en la década peronista, 1946-1955, se registraron menos incidentes antisemitas que en cualquier otro periodo de todo el siglo XX. “Después de todo”, dice Rein, “para Perón, las relaciones con Israel y la comunidad judía local servían de credencial democrática a nivel internacional en el mundo de posguerra” (p. 263).

He aquí, pues, algunos de los argumentos centrales que nos ofrece Rein en *Los muchachos judíos peronistas* para desafiar los aludidos “mitos”. Como hemos señalado, ya el lector decidirá si efectivamente son tales y si caen plenamente. No obstante, un reparo es inevitable, y es que los términos de “nazismo”, “fascismo” y “antisemitismo” no son nunca aclarados ni definidos y, en rigor, no son lo mismo. Ser fascista, creo yo, no necesariamente conlleva ser antisemita; lo otro, es verdad, ser nazista sin ser antisemita es ya un poco más difícil de concebir. Así, pues, si bien es cierto que Perón y el peronismo podrían quedar bien parados ante la acusación de antisemitismo, no sé en qué medida lo harían también ante la de ser un régimen con tintes nacionalistas y totalitarios, que son características tanto del nazismo como del fascismo.

Para finalizar, una de las tesis paralelas de Raanan Rein es que el régimen peronista, en lugar de fomentar la idea tradicional del “crisol de razas”, concedió un reconocimiento sin precedentes a la variedad multicultural; es decir, abrió las puertas a la multiculturalidad contemporánea argentina. Esta tesis está fundamentada, principalmente, en la postura pública de Perón. No obstante, Rein alude también al distanciamiento del General con la Iglesia católica. Pero, dado que “como sucedió con el ascenso de Perón, también su caída estuvo ligada en gran medida a sus relaciones [a su distanciamiento] con la Iglesia Católica” (p. 141). Es decir, el precio a pagar era más bien alto. Conviene quizás plantearse algunas preguntas: ¿por qué motivo se suscitó realmente el distancia-

miento entre Perón y la Iglesia? ¿Se debe acaso, como señala también Rein, a la “megalomanía del Presidente y su convicción de que su poder era incuestionable” (p. 144)? ¿Era el justicialismo una política “totalitaria en sus fundamentos y por ello no podía tolerar competidores, ni aceptar a largo plazo la existencia de una institución independiente que tuviera poder e influencia, algo que podía suponer un obstáculo a su aspiración de someter a la sociedad argentina a su dominio” (p. 145)? ¿O simplemente el enfrentamiento debe ser visto “como el inicio de una nueva etapa en el desarrollo del peronismo hacia una sociedad multicultural” (p. 145)? Ahora bien, si como nuestro autor hemos de apostar, de alguna manera, por esta última tesis, no está de más tener presente que apenas unos cuantos años antes, la intención de Perón era la contraria, a saber, convertir el catolicismo en uno de los pilares de la identidad nacional.

Sin duda, en un espacio tan corto, es imposible presentar, en este caso incluso mencionar, la totalidad de temas y argumentos de una profunda y amplia investigación como lo es *Los muchachos peronistas judíos* de Raanan Rein. Sirva, pues, esta muestra como invitación a ella.